

Ensayo de un diccionario de la literatura colombiana

Escribe: NESTOR MADRID – MALO

LETRA “CH”

CHARRY LARA, FERNANDO. (Bogotá, 1920). Hizo sus estudios en el Colegio Ramírez y en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional. En 1945 ocupó la dirección de la Radio Nacional, único cargo público que ha desempeñado. Se vinculó después al sector privado y desde entonces solo ha alternado sus ocupaciones en ese campo con la profesión de cátedras de literatura en varias Universidades. Ha viajado por Europa, Estados Unidos y Latinoamérica, especialmente a México, país que conoce y ama preferentemente. Dedicado desde muy joven a las letras y a la poesía, Charry Lara se anunciaba ya desde la Universidad como uno de los más serios temperamentos poéticos de Colombia, de lo cual dio muestras en una selección de sus poemas aparecidos en la revista “Cántico” (1944), que fue por muchos años lo único conocido de su lírica. En 1949 publicó *Nocturnos y otros sueños*, con un consagrador prólogo de Vicente Aleixandre, donde las influencias recientes de Charry —especialmente Cernuda, Altolaguirre, Salinas— son bien visibles. Mas, poco a poco fue alejándose de ellas, hasta fraguar en *Los adioses* (1963) —tras largos años de silencio— una poesía más mesurada y propia, elaborada con exigentes y decantados elementos verbales, que lo han conducido a profesar una poética donde lo intelectual ha acabado por imponerse a lo sentimental y a lo simplemente idiomático. Y esto hasta tal grado, que casi estaríamos dispuestos a considerar a este poeta como un ejemplo de poesía pura —al menos en sus últimas producciones—, si en el fondo no hubiera en él algo que aún lo ata a las antiguas vigencias líricas contra las cuales ha querido reaccionar.

Al lado del seguro poeta que hay en Charry Lara, hay que mencionar al estudioso de los fenómenos literarios, y al crítico, que de vez en cuando deja ver su rigurosa estimativa. Todo ello le ha merecido el ser designado Miembro Correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua, dignidad que asumió en 1967.

LETRA "D"

DE GREIFF, LEON. (Medellín, 1895). Estudió en el Liceo Antioqueño y en la Escuela Nacional de Minas, de Medellín. Inició desde muy joven sus actividades literarias, formando parte de varios círculos intelectuales y artísticos de aquella ciudad, entre los cuales merece destacarse el de los "Panidas", que agrupó a varios escritores y artistas que serían luego miembros salientes de la generación de "Los nuevos". En 1915 fue director de la revista "Panida", órgano del mencionado grupo. Entre 1918 y 1919 fue asimismo colaborador de "Voces", la magnífica revista barranquillera que reunió a tantos valores de las letras colombianas de entonces. Desde 1916 comenzó a desempeñar diversos cargos privados y públicos, que le han llevado a ejercer las más disímiles ocupaciones: contador, estadígrafo, administrador de obras públicas, funcionario del Ministerio de Educación —donde ocupó la sub-dirección de enseñanza secundaria, la dirección de becas e intercambio cultural, la dirección de Extensión Cultural y Bellas Artes (1945-1950)—, para pasar luego al de asesor de publicidad de los censos nacionales. Por último, fue enviado como secretario de la Embajada de Colombia en Suecia, donde permaneció desde 1959 a 1963, pudiendo así, al fin, visitar el país de sus antepasados, cuyas brumas nórdicas tanto gravitan sobre su poesía. Ha viajado, además, por Centro y Sur América.

Pero al tiempo con vida tan ordenada y reglamentaria, el maestro De Greiff fue poco a poco acumulando los diversos "mamotretos" —como él denomina a sus libros— que contienen la poesía menos ortodoxa que pueda darse. Podría decirse así que este forzado burgués, que este burócrata —exacto cumplidor de sus deberes oficiales— realizó a través de su poesía todas las subversiones y periplos, todas las revoluciones y aventuras que su inconforme y errátil ánimo hubiera deseado llevar a cabo. De allí esa anormalidad sintáctica, esa discordancia idiomática —con todo lo musical que su poesía es—, ese desarreglo verbal y, en suma ese situarse fuera de toda regla poética que es tan característico de este fecundo alquimista, de este inconforme adelantado de la poesía. Y que se anuncia en él desde su primer libro, *Tergiversaciones* (1925) —título ya bien dicente, aunque hay en ese volumen algunas poesías que podríamos considerar "normales"—, para continuar cada vez más acusadamente en sus restantes obras: *Libro de signos* (1930), *Variaciones alrededor de nada* (1936), *Fárrago* (1956), *Velero paradójico* (1957), este último aparecido por primera vez en el hermoso tomo de sus *Obras completas* (Medellín, 1960). En prosa, en esa original y curvilínea prosa suya, ha publicado: *Prosas de Gaspar* (1937) y *Bárbara charanga*, fechada en 1957, aunque solo apareció en 1960, con sus mentadas *Obras completas*. Su bibliografía se completa con *Antología poética* (1942), *Dieciocho poemas* (México, 1942), *Farsa de los pingüinos peripatéticos*, *Hojas de poesía*, (1942), y *Sus mejores versos* (1951).

El maestro León de Greiff es, ciertamente, un poeta más que insular en nuestra literatura, en la cual su lírica extraña y personalísima representa un caso aislado, sin las menores conexiones con escuela o sector poético alguno. Producto del acomodamiento al medio de poderosos factores ancestrales que en él han gravitado siempre, y de las más encontradas influencias literarias europeas, solo el idioma, la música, la ironía y el

amor —según el decir de Jorge Zalamea— han permitido que sea permeable e inteligible para nosotros una poesía que, por la sangre y los sueños de su autor posee tantos signos de extra-territorialidad estética. Su originalidad es tal, que el mismo lo ha expresado en un verso: “En mi nao fantasma único a bordo”. Ha sido tal vez Carlos López Narváez, quien mejor ha sintetizado lo que este poeta significa: “Arcaico y novísimo; lírico y satírico; elegíaco y arabesco; erótico y bucólico; formidable lector, musicólogo y matemático, para suma y compendio de un poeta incomparable en visión, canción y expresión”. Y esto último define cabalmente su peculiar y singular modo de ser distinto, pues nadie, en verdad, puede parangonársele en esas tres maneras de manifestarse lo poético —visión, canción y expresión— en una obra que es una de las más formidables realizaciones de la poesía colombiana de este siglo.

DE LA ROSA, JOSE NICOLAS. Poco es lo que se sabe de la vida de este escritor español, avecindado en Santa Marta en la primera mitad del siglo XVIII, donde ejerció los cargos de alférez de infantería veterana y de alcalde ordinario. En 1739, este militar algo humanista concluyó una curiosa obra titulada **Floresta de la santa iglesia catedral de Santa Marta**, la cual —según su propia expresión— le fue sugerida “amorosamente por el deán don Antonio Barranco”. Se trata de una historia eclesiástica de la diócesis, desde la fundación de la ciudad en el siglo XVI hasta el año de 1725, que dicho alférez redactó con base en las crónicas de Fernández de Piedrahita y de los padres Simón y Zamora. Posee abundantes datos sobre la historia civil de la ciudad y la provincia, sobre los usos y costumbres de los indios y sobre la fauna y flora de la región. Está escrita con abundancia de latines —lo cual indica que el autor era hombre de cierta cultura— y en un estilo tan retorcido y conceptuoso que la constituye en ejemplo del más clásico castellano gongorino. Tan barroco gusto se advierte desde el propio plan de la obra, pues compara a la iglesia de Santa Marta con una “olorosísima y suavísima floresta” en la que crecen y fructifican toda clase de delicadas plantas. La Orden Dominicana es para él la “parra Guzmaná”, que extiende sus cepas y racimos de virtud, consagración y amor por toda la provincia. Otros ejemplos de este “delicado vergel”, más que rebuscado, son los siguientes: el Convento de Santo Domingo es “azahar olorosísimo de esta floresta”; la Purísima Concepción de Nuestra Señora es “oliva especiosa de este espiritual y divino pensil”, y Cristo en la Cruz es “lirio cárdeno del jardín”. Como puede advertirse, la capacidad del alférez de la Rosa en materia de metáforas botánicas no tiene par.

La Floresta fue impresa en 1742, presumiblemente todavía en vida de su autor, y reimpressa luego en Sevilla en 1756, y en Valencia en 1833. La única edición colombiana es la de la “Biblioteca de autores costeños” (Vol. 1^o), publicada en 1945 por el Departamento del Atlántico.

DE LA ROSA, LEOPOLDO. (Barranquilla, 1888-México, D. F., 1964). Tras haber cursado sus estudios en Barranquilla y apenas traspuestos los veinte años, de la Rosa emprende en 1911 su incansable vida de trotamundos, que le llevaría a México —donde vivió en diferentes épocas, de 1911 a 1914, de 1918 a 1922, y de 1930 hasta su muerte— y a

Europa, donde estuvo entre los años de 1922 a 1930. En todo ese largo período, solo una vez regresó a Barranquilla, en 1914, para sorprender a sus paisanos con su quijotesca figura, su poesía deslumbrada y sus excéntricas maneras, que le llevaron incluso a vivir varios meses debajo de un vagón de ferrocarril, porque aspiraba a escribir un poema que reflejara vívidamente la angustia de los humildes. Por entonces comenzó a escribir en "La Nación" y otros periódicos de la naciente ciudad litoral, en uno de los cuales publicó a poco sus hermosas **Cartas a Julieta** que, de recogerse, darían una ajustada versión en prosa del gran lírico que en él había. Por años sus poesías anduvieron perdidas en revistas y periódicos provincianos, o en álbumes afectuosamente conservados. Solo en 1945, gracias al interés de Bernardo Restrepo Maya, pudieron ser reunidas en el segundo volumen de la "Biblioteca de autores costeños", con el título de **Poemas** y un magnífico prólogo de aquel mismo escritor. Entonces pudo el país darse cuenta de su inmensa talla de poeta, que le hace ocupar —junto a Barba Jacob— un descollante lugar en nuestra lírica.

En su poesía se advierte un lirismo tan recóndito, despojado de toda emoción que no sea la espiritual y de toda acción que no tenga al alma por solo protagonista, lo cual la convierte en un verdadero "espiritualismo poético", en un lírico trato del alma. Se trata, en efecto, de algo tan seráfico y célico —en contraposición con el demonismo porfiriano— que solo en término de espíritu puede designársela. En sus **Nocturnos**, por ejemplo —que es lo más personal y logrado de su obra— el poeta divaga y discurre con su alma, que le arranca sus más felices instantes poéticos, que a veces llegan a ser de un evidente misticismo formal. Otra particularidad de su poesía en la lucha entre lo cordial y lo anímico que en ella se advierte, dando así trasunto a aquella tremenda dualidad pascaliana, a aquel conflicto entre el corazón y la razón, que puede observarse en algunos de sus **Nocturnos**. Pero en esa lucha entre el corazón y su espíritu, que él llama alma, solo esta surgió como la gran triunfadora.

También el mar figura con insistente motivo de su poesía no propiamente espiritual. No solamente en su **Canción del mar** —que es como el símbolo lírico de su obra—, sino en sus **Nocturnos**. Uno de estos, el IX, está precisamente dedicado a situar su alma ante el mar, a hermanar y conciliar esos dos elementos, tan cercanos por su compartida capacidad tormentosa. Allí su alma, que es como un mar, invoca a ese mismo mar que "sin paz su ritmo ronco, desploma eterno por las ribas luengas".

De la Rosa fue, pues, un poeta espiritual y marino, una variante arcangélica de quien fuera su amigo y compañero de tantos años, Porfirio Barba-Jacob, con quien terminó por malquistarse definitivamente, durante su común existencia mexicana. La generación del centenario no cuenta, fuera de Porfirio, con un poeta de su misma calidad lírica, donde romanticismo y modernismo conviven estéticamente.

DE LA VEGA, FERNANDO. (Cartagena, 1891-Bucaramanga, 1952). Estudió en el Colegio de San Pedro Claver y en la Universidad de Cartagena. Pasó luego a la Facultad de Filosofía y Letras del Colegio del Rosario, y de allí a la matritense Universidad Católica del Marqués de Comillas y a la Universidad Central de la misma capital, donde

completó sus estudios clásicos y filosóficos. Fue discípulo de Antonio Gómez Restrepo, en Bogotá, y de Antonio Sánchez Miguel y Adolfo Bonilla San Martín, en Madrid. Al concluir sus estudios, viajó por Francia y Suiza, regresando a Cartagena en 1913, para consagrarse a la enseñanza de la literatura y a su tarea de escritor. Posteriormente ocupó importantes cargos públicos, tales como miembro de la Cámara de Representantes (1925-26), Cónsul de Colombia en Turín (1928-29), director de Educación Pública de Bolívar (1930), y rector de la Universidad de Cartagena (1931-32). A partir de entonces, alterna su labor intelectual con la atención de negocios privados, y a mediados de los cuarenta se radica en Bucaramanga.

El maestro de la Vega, así llamado cordialmente por su larga y meritoria obra en el campo de la crítica y del ensayo —para lo cual estaba especialmente capacitado por sus estudios y por su temperamento— es sin duda una de las primeras figuras de su generación, en tan estricto y exigente campo. Fue, en verdad, un crítico de tiempo completo, que profesó ese menester a cabalidad y en forma bien responsable, dando ejemplo de lo que debe ser quien se dedique a juzgar las obras de los demás. En ello intervino no poco su formación española, al lado de los grandes críticos y humanistas que fueron sus profesores. Además, fue un ensayista elegante y penetrante, tal como lo demostró en su bien trazados trabajos literarios e históricos. “Es rara en Colombia —ha dicho Sanín Cano— esta preparación a la crítica, y es más rara la buena fe, la sana intención con que el señor de la Vega ha emprendido la noble tarea de entender a fondo las cosas literarias y comunicar su impresión a los que se interesan por esta clase de estudios”.

Su obra está contenida en los siguientes volúmenes: *Algo de crítica*, *Ratos de estudio*, *Apuntamientos literarios* (1922-1924), *Verbo lírico*, *Le-trados y políticos*, *Ideas y comentarios*, *Entre dos siglos*, *A través de mi lupa* (1951), y *De Bolívar a Concha* (1951).

DEL CORRAL, JESUS. (Santafé de Antioquia, 1871-Bogotá, 1931). La vida de este escritor antioqueño transcurrió entre las varias empresas agrícolas que fundó y el desempeño de importantes cargos públicos, como el de director de Obras Públicas y Ministro de Agricultura y Comercio. Antes, en 1910, había concurrido a la Asamblea Legislativa que reconstituyó el gobierno democrático en el país. También fue miembro fundador de la Federación Nacional de Cafeteros y presidente en varias oportunidades de la Sociedad de Agricultores. Pero no obstante su condición primordial de hombre de empresa, las cosas de la literatura siempre le atraieron. Y, entre uno y otro afán, fue componiendo crónicas y cuentos, en los cuales dejó excelentes muestras de sus capacidades de observador de la vida y costumbres de su pueblo antioqueño, y de penetrante intérprete de la realidad humana que se propuso traslucir en sus narraciones. De allí que no obstante cierto desmaño, ciertas vacilaciones de su obra, sea considerado como un destacado exponente de la cuentística nacional, no tanto por el conjunto de su producción, como por ser el autor de un meritorio cuento, *Que pase el aserrador*, incluido en todas las antologías del género. Sin embargo, del Corral no pudo liberarse de ciertos rezagos del costumbrismo que pueden advertirse en sus relatos. Póstumamente, su obra fue recogida en parte en el volumen *Cuentos y crónicas* (1944).

DELGADO NIETO, CARLOS. (Mompós, 1914). Cursó el bachillerato en su ciudad natal. Luego hizo estudios de pedagogía en Medellín y de Derecho en Bogotá. Se dedicó durante algún tiempo al profesorado, pero nunca ha ejercido la abogacía. Han sido el periodismo y las letras lo que han constituido su predilección vital. En 1954 viajó por España, Francia e Italia. También por algunos países latinoamericanos especialmente Venezuela, donde transcurre casi totalmente la acción de su novela *La frontera*. Delgado Nieto comenzó sus afanes literarios por la poesía con la obra *18 poemas*, actividad que prácticamente ha abandonado para dedicarse a lo que constituye su verdadero quehacer actual: la novela. Es aquí, indudablemente, donde mejor se ha realizado como escritor. Ha publicado: *El hombre puede salvarse* (1951), *El limbo* (1957) y *La frontera* (1961), en todas las cuales se advierte una limpia preocupación por destacar los más lúcidos aspectos de las realidades de vida que enfoca. Lo mismo puede apreciarse en sus cuentos, publicados en periódicos y revistas, con los cuales piensa publicar un volumen que se titulará *La muralla*. También los temas biográficos le han seducido, como se deduce de sus obras de ese género: *Hermógenes Maza, el vengador* (1951) —ganador del Premio Espiral para Ensayo—, y *José Padilla: estampas de un almirante* (1957). El periodismo ha sido otro medio expresivo de este autor. "El Liberal", "El Tiempo", "Espiral", "Cromos" y "O Cruzeiro" han sido los principales órganos informativos y culturales en que ha colaborado. En 1964 la revista parisiense "Europe" publicó, en francés, un fragmento de su citada novela *La frontera*.

DELMAR, MEIRA. (Barranquilla, 1922). Seudónimo que corresponde a la poetisa Olga Chams Eljach. Estudió en el Colegio de Barranquilla y en la Escuela de Bellas Artes de la misma ciudad. Ha viajado por Venezuela, Panamá, Francia, España, Italia, Siria y El Líbano, país este de donde proceden sus padres. Desde muy joven se dedicó a las letras y a la promoción cultural en su ciudad natal, en donde ha vivido siempre, con los breves intervalos viajeros ya mencionados. Allí ha desarrollado un permanente ministerio en ese sentido, ya desde la presidencia del Centro Artístico o desde el Comité pro-orquesta filarmónica, ya desde la dirección de la Biblioteca Departamental del Atlántico, al frente de la cual ha cumplido desde 1958 una imponderable labor. Fue también secretaria de redacción de la extinguida "Revista del Atlántico" y directora de los "Cuadernos" de esta revista (1958-1959).

Con una obra lírica que le tiene ganado justo renombre literario en Colombia y América, Meira salva decorosamente el prestigio de la poesía femenina contemporánea en nuestro país. Casi solitario, su canto se destaca con acentos personalísimos y méritos innegables, que los cuatro libros que tiene publicados confirman plenamente: *Alva de olvido* (1942), *Sitio del amor* (1944), *Verdad del sueño* (1946) y *Secreta isla* (1951). No hay en su poesía —que es poesía del ensueño, del amor entrevisto, de las cosas tiernamente transfiguradas— elemento alguno que no sea propia materia poética, pura y sola certidumbre lírica.

Dos aspectos fácilmente reconocibles hay en su obra. El uno, integrado por lo que es propiamente suyo, constituye el verdadero cauce de su

canción, la manera muy suya de expresar lo que bulle en sus raíces personales. Es lo que puede observarse en sus canciones y romances, en sus pequeños poemas, saturados de una poesía primordial, elemental pero al mismo tiempo significativa y valedera como pocas entre las producidas por otras poetisas colombianas. O lo que ha podido realizar en *Secreta isla* y en los poemas posteriores, aún no recogidos en libro, donde —como dice Arango Ferrer— “vierte el verso libre el ruiseñor oriental, que ha regresado a su rama florecida desde un milenario olvido”. Mas hay también otro aspecto —constituído sobre todo por sus sonetos—, es donde es muy visible la poética piedracelista, los modos expresivos propios de este grupo. Mas la perfección y espontaneidad que hay allí nos lleva a pensar si no será Meira Delmar más bien una contemporánea de aquel movimiento y no una secuaz como algunos han dicho. Es decir, si no tendrá su poesía una identidad de origen y de procedencia estética conjunta con los poetas que lo integraron, en vez de ser el producto de su influencia.

Por último, hay que anotar que en 1962 la Casa Editrice Maia, de Siena, dio a la publicidad una edición bilingüe de sus versos, con el título de *Poesías* —las traducciones italianas fueron de Mario Vitale—, lo que sin duda constituyó un merecido homenaje a la primera poetisa de Colombia.

DIAZ, EUGENIO. (Soacha, Cund., 1803-Bogotá 1865). Aunque recibió alguna instrucción en el Colegio de San Bartolomé, muy pronto tuvo que abandonar esos estudios para dedicarse a las faenas agrícolas, pues fue siempre un hombre del campo. Sin embargo, esto no le impidió poseer ciertas preocupaciones literarias, lo que le llevó a poner por escrito los usos y costumbres de las gentes campesinas con quienes convivía y de los cuales fue un inteligente observador. De allí surgieron sus novelas y cuadros de costumbres, que solo a partir de 1858 pudieron ser conocidas, gracias al interés y a la asistencia intelectual de don José María Vergara y Vergara, con quien Díaz fundó a fines de ese año el célebre periódico literario “El Mosaico”, destinado a convertirse en el órgano principal del costumbrismo. Allí —y en otros periódicos como “El Bogotano” y la “Biblioteca de señoritas”— publicó don Eugenio no menos de treinta artículos de costumbres y novelas cortas, entre las cuales descuellan *Los aguinaldos de Chapinero*, *El rejo de enlazar*, *Aventuras de un geólogo*, *Carranza*, *María Ticince o los pescadores del Funza*, *Pixoquinta o el valle de Tenza*, *Bruna la carbonera*, y el relato histórico *Una ronda de don Ventura Ahumada*.

Cincuenta y cinco años tenía este auténtico “sabanero” de nuestra literatura, cuando hizo su aparición como escritor, aunque es evidente que desde muchos años antes había comenzado a poner por escrito sus observaciones e impresiones sobre personajes e incidentes del campo. Y aunque sus producciones no debieron ser, inicialmente, un prodigio literario —la huella de Vergara y Vergara está sin duda presente allí—, sí pueden advertirse en ellas una gracia, una frescura y una naturalidad tales, un tan arraigado sentido del relato y de la composición literaria que permiten apreciar hasta qué punto poseía esa nata disposición que hace al escritor. Y que le llevaron a convertirse, superando tantos inconvenientes estilísticos, y cuando ya no estaba precisamente en edad de comenzar, en un rústico clásico de nuestras letras. Por eso, al enjuiciar su obra hay que

tener en cuenta todo eso, y considerar que no se trata de edificantes ejemplos de estilo y de forma artística literaria, sino del trasunto fiel y feliz, de muchos aspectos y tipos de nuestra sociedad campesina del siglo pasado, logrados con limitados pero frescos medios expresivos. Como dice Laverde Amaya: "Las escenas allí descritas forman un panorama de muchísimo mérito, de seductora realidad que, a modo de espejo clarísimo en que se reflejan hasta los más insignificantes detalles, dan completa vida y animación al asunto y fijan de un modo indeleble la faz curiosa, original y verdadera, de hábitos que poco a poco van modificándose". Y en lo que hace a **Manuela**, he aquí lo que al respecto expresa Otero Muñoz: "Dio mucho de su corazón a su obra capital: **Manuela** es, en resumen la mujer colombiana de la clase proletaria, tal como gustaba verla el autor, y como quiso mostrarla a sus contemporáneos, para que así pasara a la posteridad y a los países extranjeros. Se equivocó, aunque no siempre, al trazar la verdad psicológica que debía completar la figura de su heroína, mas no por eso deja ella de ser un tipo real y hermoso".